

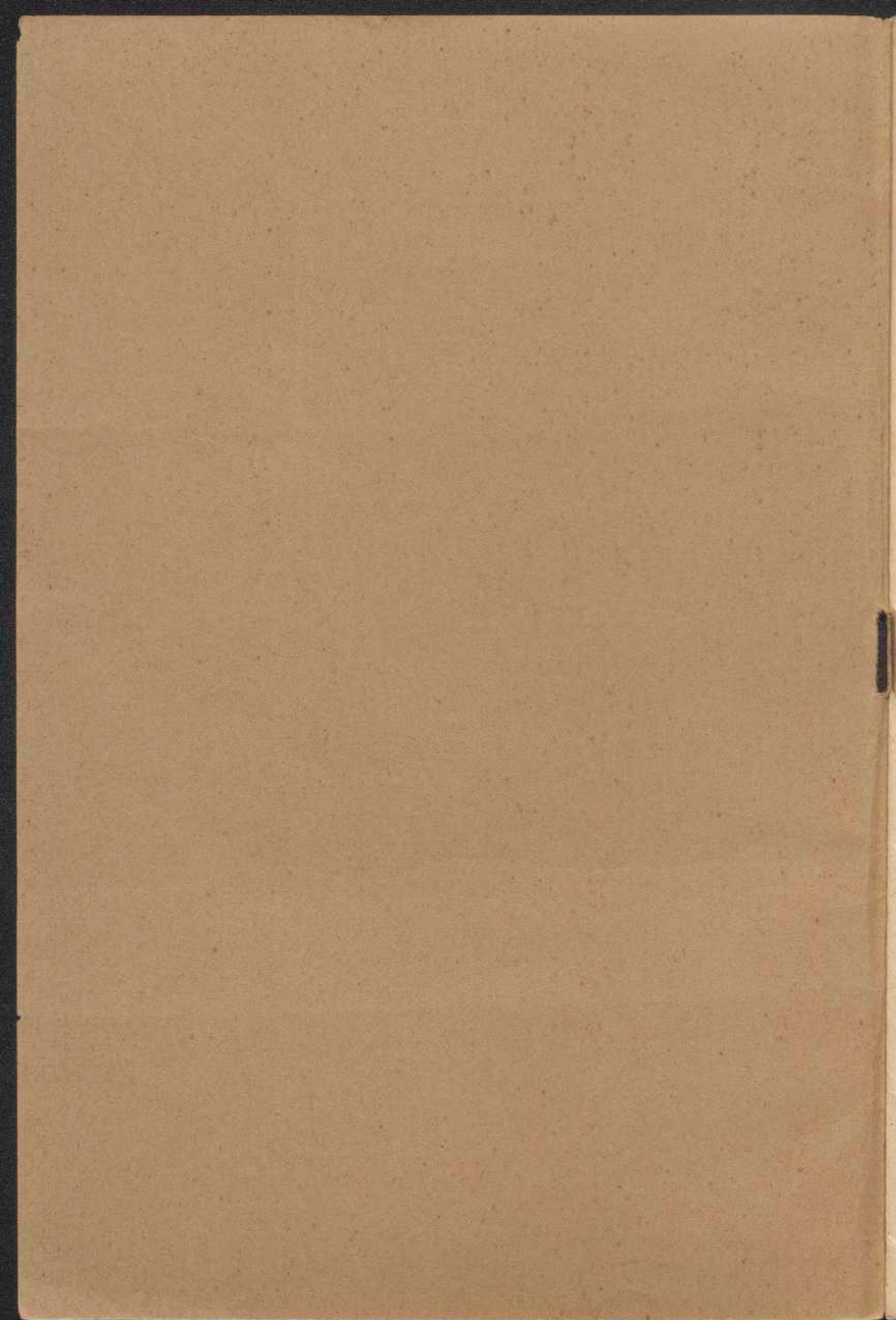
86

142

SALVADOR ARAGÓN

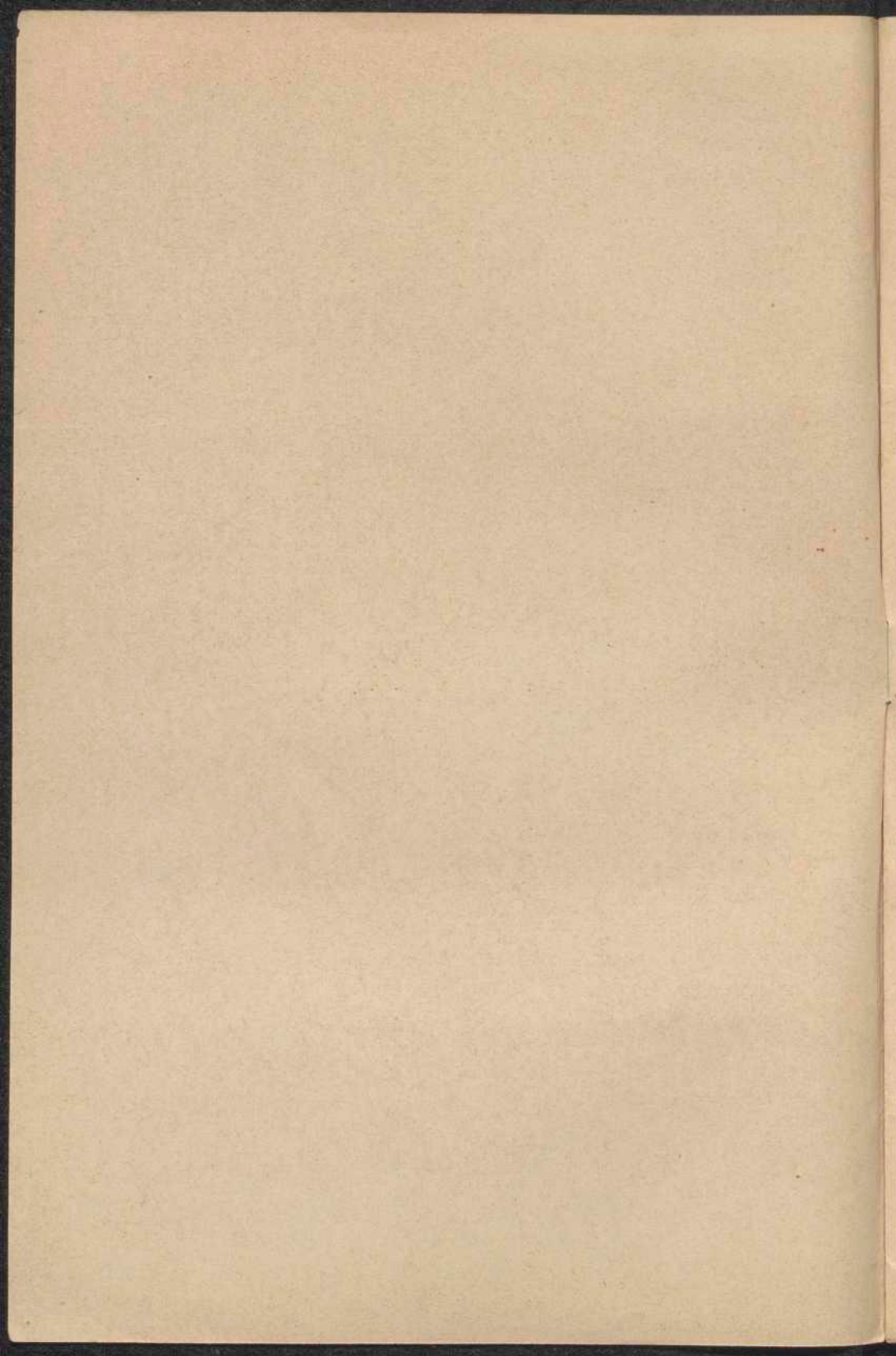
GRANITOS DE ARENA



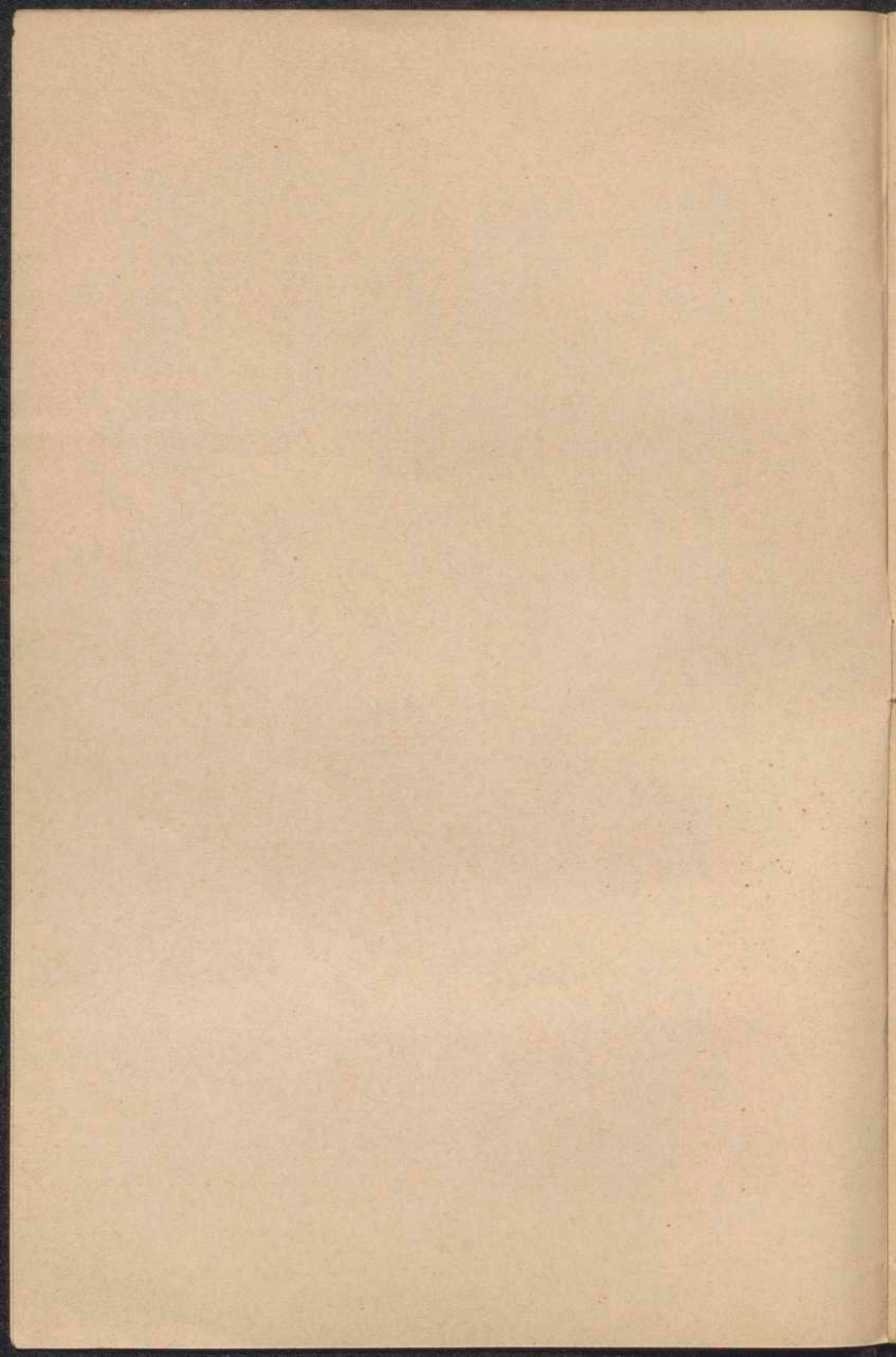


4 FEB. 1992

600



Granilos de arena



Granitos de arena

Diálogo en un acto y en prosa

sobre el pensamiento de un diálogo francés

por

Salvador Aragón



Imprenta y Librería Moderna
Mercado, 120 Logroño

R-8810



INSTITUTO DE ESTUDIOS RIOJANOS
BIBLIOTECA

Es propiedad

A Sabino Ruiz

Personajes

Actores

Marta Luisa, 18 años

Enrique, 26 id.





ACTO ÚNICO

Gabinete elegante. En una mesa, el té servido y recado de escribir. MARIA LUISA, sentada; leyendo un libro.

ESCENA ÚNICA

MARÍA LUISA, ENRIQUE

MARÍA LUISA « 3 de octubre. » (Toma una taza de té y reflexiona con el libro a la vista.) No tengo nada que anotar. Siempre la misma vida monótona. Sin acontecimientos salientes. (Suspira, quiere llenar otra taza, pero al volver la tetera ve que no tiene.) ¡ Bah ! No hay más... (Hojea la Agenda. Enrique entra sin que María Luisa lo note. Viste traje de caza, con polainas y sombrero blando, que lleva en la mano. Mira a María Luisa, titubea y al fin se aproxima donde ella, silenciosamente y con ánimo de hablarle. En este momento, María Luisa vuelve la cabeza y exclama, extrañada.) ¡ Ah ! ¿ Es usted, Enrique ?

ENRIQUE (Cortado y dejando caer el sombrero.) No.

MARÍA ¿ Cómo que no ?

ENRIQUE (Azarado.) Sí... le diré a usted... soy yo... hasta cierto punto.

MARÍA No comprendo.

ENRIQUE (Con el mismo azaramiento.) Sí... soy yo... por casualidad.

MARÍA (Asombrada.) ¿ Por casualidad ?

- ENRIQUE Verá usted... Yo... atravesaba el vestíbulo, y al pasar por la puerta de este gabinete me dije... no hay ninguna razón para que yo no entre ahí.
- MARÍA Ninguna.
- ENRIQUE Y abrí la puerta... y entré... sin querer.
- MARÍA (Incrédula.) Ah, vamos, sin querer.
- ENRIQUE Y... aquí estoy.
- MARÍA Ya le veo... ¿Y qué más?
- ENRIQUE Que... estoy azarado.
- MARÍA Pues... tranquilícese usted.
- ENRIQUE Ya quisiera... pero no sé cómo.
- MARÍA Sentándose cerca de mí y tomando una taza de té.
- ENRIQUE La acepto... sobre todo... si está bien caliente. (Se sienta.)
- MARÍA Hirviendo. (Le ofrece unos terrones de azúcar, toma la tetera y la inclina, pero, como no tiene, no cae. Desolada.) Oh, perdóneme... Había olvidado que no tiene.
- ENRIQUE (Distraído.) No importa... con tal de que esté bien caliente.
- MARÍA (Inclinando la tetera.) ¿Pero no ve usted que no tiene?
- ENRIQUE Si le he de ser a usted franco, me alegro. No me gusta el té.
- MARÍA (Riendo.) En ese caso... no insisto.
- ENRIQUE Sí... puede usted tomárselo.
- MARÍA ¿Y cómo no ha ido usted de caza con papá y los otros invitados?
- ENRIQUE (Mirándola con asombro.) Es usted cruel.... Con esta lluvia.
- MARÍA ¿Y para los demás... no llueve?
- ENRIQUE Sí... pero nunca llueve a gusto de todos.
- MARÍA De modo, que deja usted la caza y viene usted precisamente aquí.

- ENRIQUE (Mirándola con cariño.) Precisamente aquí... por...
- MARÍA Vamos, dígalo usted.
- ENRIQUE Ah, ¿quiere usted que lo diga?
- MARÍA Sí, hombre, sí.
- ENRIQUE Por ver a usted.
- MARÍA (Satisfecha.) ¿Y por mí ha renunciado usted a los encantos de la lluvia?
- ENRIQUE He renunciado a esos encantos, como hubiera renunciado a los encantos de un hermoso día.
- MARÍA (Fingiendo asombro.) ¿Al sol... también?
- ENRIQUE Al sol... y a las estrellas. Por usted iría yo al fondo de la tierra, al cielo, a...
- MARÍA (Interrumpiéndole.) Deténgase usted, que se le va a acabar el kilométrico.
- ENRIQUE Ya no me hace falta; terminé mi viaje.
- MARÍA ¿Sí?
- ENRIQUE Iba al cielo... y al lado de usted...
- MARÍA (Haciendo mención con el dedo de barrenarse la frente.) ¿Y desde cuándo?
- ENRIQUE Desde este verano.
- MARÍA ¿Alguna sofoquina?
- ENRIQUE Justo.
- MARÍA ¡Pobrecito!
- ENRIQUE Una sofoquina... el primer día que la ví.
- MARÍA (Con interés.) ¿Recuerda usted mi vestido?
- ENRIQUE Blanco, con gasas sangre de toro.
- MARÍA (Entusiasmada.) ¡Oh, cómo me sentaba!
- ENRIQUE Muy mal.
- MARÍA Gracias.
- ENRIQUE Sin embargo... estaba usted encantadora.
- MARÍA Más vale así.

- ENRIQUE Tenía usted un pelo negro... (1)
- MARÍA Y lo tengo todavía. (Dándose un pequeño tirón con la mano en el pelo.) Es mío, ¿ eh ?
- ENRIQUE No lo dudo.
- MARÍA Por si acaso.
- ENRIQUE Y una boca fresca...
- MARÍA Creo que estaba tomándome un helado.
- ENRIQUE Tal vez.
- MARÍA Sí, de fresa; ahora recuerdo.
- ENRIQUE Y unos ojos soñadores...
- MARÍA La impresión del helado.
- ENRIQUE Y una nariz...
- MARÍA (Interrumpiéndole.) ¿ Pero va usted a describir mis rasgos fisonómicos como si fueran los de un criminal célebre ?
- ENRIQUE Es mi fuerte. Dos palabras... un retrato.
- MARÍA Ni Velázquez.
- ENRIQUE Ni Vázquez-Mella, querrá usted decir.
- MARÍA Ni los dos.
- ENRIQUE Continúo. Tenía usted un aire tan bondadoso...
- MARÍA (Con coquetería.) Por ese aire se volvió usted de la caza.
- ENRIQUE Por ese aire... y por la lluvia. Además, quería decirle...
- MARÍA (Asombrada.) ¡ Por fin ! ¡ A los noventa días !
- ENRIQUE ¿ Usted hubiera preferido una letra a la vista ?
- MARÍA Tanto como a la vista...
- ENRIQUE Yo también. Pero por miedo a que usted la protestase...

(1) Según el color que lo tenga la actriz.

- MARÍA ¿Y cómo ha podido usted resistir tres meses sin hablar? Un Diputado.
- ENRIQUE Como estaban cerradas las Cortes...
- MARÍA ¡Oh, bien merece usted una recompensa!
- ENRIQUE Así creo.
- MARÍA Una cartera de Ministro.
- ENRIQUE Me contento con ese cuaderno.
- MARÍA (Cogiéndolo y tapándolo con las manos.) Imposible. Este cuaderno encierra algo importante.
- ENRIQUE Sí. Unas cuantas recetas de guisos.
- MARÍA ¿No es la Agenda de Cocina?
- MARÍA La Agenda de Cocina... y el diario de mi vida.
- ENRIQUE Muy propio de mujer. ¡Sus confesiones en una Agenda de Cocina! (Con interés.) Me encantaría conocerlas.
- MARÍA Voy a leerle a usted la primera página. (Leyendo.) «25 de abril, salgo del Colegio.»
- ENRIQUE Y muy contenta, ¿verdad?
- MARÍA No lo dice aquí. Desde ese día tengo la costumbre de anotar cuanto me sucede.
- ENRIQUE Excelente costumbre. La recomiendan Belmonte y la Chelito. (Extiende el brazo para coger la Agenda.) Déjeme usted.
- MARÍA (No consintiéndolo.) ¿Qué va usted a hacer?
- ENRIQUE Apoderarme de ese tesoro.
- MARÍA Este diario no encierra nada interesante (Con coquetería) para los demás.
- ENRIQUE ¿Pero no es el resumen fiel de su vida?
- MARÍA (Con pena.) Y mi vida ¿qué interés tiene?
- ENRIQUE Uno tan grande, que yo no podría capitalizarlo.
- MARÍA Usurero. Al salir del Colegio, creí que la vida me tenía reservados sucesos extraordinarios, emociones imprevistas...
- ENRIQUE ¿Y nada?

- MARIA Nada.
- ENRIQUE En cambio sabrá usted que Aurora Sotillo se ha roto un brazo en un accidente de automóvil.
- MARÍA ¡Qué suerte!
- ENRIQUE Y Paulina Retamoso, al poco tiempo de casarse, se ha quedado viuda de su primo, y a la vez marido; aunque según dicen, más primo que marido.
- MARÍA ¡Oh, es envidiable! Y yo... lea usted mi Agenda.
- ENRIQUE (Tomando el libro.) No deseaba otra cosa. (Hojeando. Lee.) « 2 de diciembre. »
- MARÍA (Bastante enfadada.) ¡Qué gracioso! Si estamos aún a 3 de octubre. (Imperiosa.) Démela usted. (Enrique se la entrega. María Luisa hojeándola.) « 14 de julio ».
- ENRIQUE Aniversario de la toma de la Bastilla.
- MARÍA (Contrariada.) Podía usted guardarse sus conocimientos para el Ateneo.
- ENRIQUE No me sirven.
- MARIA ¿Usted cree que yo sólo ambiciono recuerdos trágico-románticos? Ya sé que hay algo más que el amor.
- ENRIQUE Quién lo duda.
- MARIA Que la vida ofrece ocasiones de sacrificarse.
- ENRIQUE Muchas.
- MARIA De ser buena y generosa.
- ENRIQUE Y hasta heroica.
- MARIA De luchar por sus semejantes.
- ENRIQUE O contra sus semejantes.
- MARIA Pues... esas emociones ambiciono yo, y pronto.
- ENRIQUE ¿Pronto? Entonces... dése usted prisa.
- MARÍA ¿Por qué?

- ENRIQUE Porque diez y ocho años... no dan tiempo para esperar.
- MARÍA (Mirándole recelosa.) ¿ Se burla usted de mí ?
- ENRIQUE Guardárame yo. Me divierte, María Luisa, su afán de anotar grandes sucesos, hechos sensacionales.
- MARÍA ¡ Noble deseo !
- ENRIQUE Y sin embargo, los grandes sucesos no son los que generalmente deciden nuestro destino.
- MARÍA ¿ Usted cree ?
- ENRIQUE Estoy seguro. (Con cierta gravedad.) ¿ No ha mantenido usted nunca una conversación con otro ser de instintos generosos, de gustos semejantes, y al terminarla, un silencio elocuente, un cambio de miradas, han establecido una completa conformidad y la más viva simpatía entre ustedes ?
- MARÍA (Impresionada.) No.
- ENRIQUE Pues, ese silencio y esas miradas, suponen mucho más que toda una serie de acontecimientos extraordinarios, y un día en el que se anotan esos pequeños hechos es un día inolvidable.
- MARÍA (Emocionada.) Tal vez sea así... pero hojeando este libro no encuentro ni uno sólo de esos pequeños hechos... tan importantes. ¡ Qué pena !
- ENRIQUE ¿ Quiere usted que lo hojeemos juntos como *Paolo e Francesca* ?
- MARÍA ¿ Si para usted es tan agradable como una historia de amor ?
- ENRIQUE Lo es.
- MARÍA Entonces... manos a la obra.
- ENRIQUE (Se aproxima más a María Luisa, que tiene el libro en la mano. Leyendo) « Paseo en automóvil. »

- MARÍA (Leyendo.) « A mi lado Jorge. Camino hermoso. Jorge, loco de alegría porque... (Manifestación de disgusto de Enrique) el carruaje se traga las leguas. »
- ENRIQUE (Tranquilizándose.) ¡ Ah !
- MARIA (Leyendo.) « De repente, estalla un neumático y no podemos seguir. »
- ENRIQUE (Con viveza.) Me alegro. (Reprimiéndose.) ¡ Oh ! Usted perdone.
- MARIA No, si yo también me alegro.
- ENRIQUE ¿ Por qué ?
- MARIA Porque tampoco hubiera podido seguir... la lectura.
- ENRIQUE (Con interés.) ¿ Hay algo de mí en ese día ?
- MARIA (Grave.) Sí.
- ENRIQUE ¿ Nuestro primer encuentro, quizá ?
- MARIA Nuestro primer encuentro. Paseamos juntos en la terraza del Casino.
- ENRIQUE La noche era espléndida. Déjeme usted leer esa página.
- MARIA ¿ Para qué ? (Pensando.) ¿ No fué el 22 de julio ?
- ENRIQUE (Con alegría.) ¿ Se acuerda usted de la fecha ?
- MARIA (Distraída.) Sí. Efectivamente. (Leyendo.) « 22 de julio. Me han presentado a Enrique. » (Cierra el libro.)
- ENRIQUE (Descorazonado.) ¿ Y eso es todo ?
- MARIA Todo.
- ENRIQUE No le fatigaría a usted mucho el comentario.
- MARÍA (Titubeando.) Es que... aquella noche no tuve tiempo para escribirlo.
- ENRIQUE (Algo mortificado.) No necesita usted disculparse. No tengo la pretensión de creer que el hecho de conocerme iba a adquirir en su libro la extensión del Parsifal.

- MARÍA ¡ Oh !
ENRIQUE (Irónico) Pero la verdad; anotar a secas
« 22 de julio, me han presentado a En-
rique », me parece el colmo del laco-
nismo, y ya veo que soy un descontent-
adizo al no sentirme satisfecho.
- MARÍA (Riendo.) Pues hay mucha gente que no
ha conseguido el favor de ocupar una
sola línea en este libro.
- ENRIQUE El Shah de Persia.
- MARÍA El Shah de Persia y otros magnates.
- ENRIQUE (Leyendo.) « Al día siguiente nos senta-
mos en la playa varias amigas y amigos. »
MARÍA Por cierto que nos aburrimos de lo lindo.
ENRIQUE Sí. Y recuerdo que usted sacó su pa-
ñuelo, (Saca el suyo Enrique) hizo de él una
pelota (Enrique hace una pelota del suyo) lo arro-
jó al mar (Enrique arroja el suyo al suelo) y le di-
jo a Jorge, tráigalo usted.
- MARÍA Es verdad. Y Jorge rió la ocurrencia.
- ENRIQUE Pero no se movió de su sitio. Yo, sin
reír... ¡ bueno ! la tontería, penetré en el
agua vestido y calzado y le devolví a us-
ted su prenda. (Enrique va donde cayó el pañuelo,
se pone en cuclillas, lo coge con la boca y se lo da a María
Luisa.) ¿ No lo ha anotado usted ?
- MARÍA (Leyendo.) « 23 de julio. Bailé con Jor-
ge. Bostonea admirablemente. »
- ENRIQUE Pero, ¿ y mi hazaña de perro de aguas ?
- MARÍA Es extraño que no la apuntara. (Hojean-
do.) « 25 de julio, 26, 27, 28 y 29... »
Nada de usted.
- ENRIQUE (Desconsolado.) Y todos esos días nos vimos.
- MARÍA Ah... su nombre. (Leyendo.) « 30 de
julio. Hoy no he visto a Enrique...
(Titubeando) es la primera vez desde que
nos conocemos. »
- ENRIQUE (Con interés.) ¿ Eso dice ?

- MARÍA (Extrañada.) Eso.
- ENRIQUE (Con interés.) Déjeme usted que lo lea.
- MARÍA (Sin darle el libro y desentendiéndose.) Ah... esto sí que es interesante. (Leyendo.) « ¿Quién me gusta más, Alfredo, Jorge o Enrique? Alfredo es inteligente, Jorge es guapo... »
- ENRIQUE (Impaciente.) ¿Y yo?
- MARÍA No lo dice.
- ENRIQUE (Contrariado.) ¿Por qué?
- MARÍA (Con malicia.) Porque no me cabía en la página.
- ENRIQUE Vamos, dígame usted quién le gusta más de los tres.
- MARÍA (Leyendo maquinalmente para disimular su turbación.) « 8 de agosto. Día primaveral. Recibo la caricia del aire en el semblante. Me siento contenta, fuerte, feliz. ¡ Sólo la naturaleza produce tanto bienestar! Enrique camina a mi lado. » (Pausa. Intenta reírse.) El laconismo de siempre al hablar de usted.
- ENRIQUE Me basta... con ese laconismo. Continúe usted.
- MARÍA (Cerrando el libro.) Ya no se ocupa más de usted la Agenda de cocina.
- ENRIQUE ¿Está usted segura?
- MARÍA Segurísima. Tengo costumbre de anotar todos los nombres propios, y el de usted no figura más.
- ENRIQUE (Asombrado.) ¿En siete semanas?
- MARÍA (Entregándole el libro.) Véalo usted.
- ENRIQUE (Leyendo.) « 23 de agosto. Él me ha dicho esta mañana que estaba encantadora. » ¿Quién es él?
- MARÍA No lo sé. (Reflexionando.) Mi papá tal vez.
- ENRIQUE (Extrañado.) ¡ Ah! (Continúa leyendo.) « 24

- de agosto Esta noche me ha dicho él: Feliz el sér al que miran sus ojos. » Esto también se lo diría a usted su papá.
- MARÍA (Titubeando.) No... mi amiga Leonor.
- ENRIQUE Sí... no hay duda. Él, es su amiga Leonor. No puede ser otro.
- MARÍA Déme usted el libro.
- ENRIQUE (Leyendo.) « 25 de agosto. Él está hoy insoportable. » Este él, sí que es su amiga Leonor.
- MARÍA No siga usted. (Le coge el libro.)
- ENRIQUE Bueno. Adivinaré las hojas que faltan. Verá usted. Mi padre le ha invitado a la temporada de caza. Él me lo ha agradecido.
- MARÍA (Vivamente.) Yo no le dije a papá que le invitase a usted.
- ENRIQUE Ni yo tampoco lo he dicho. Continúo.
- MARÍA Le suplico, Enrique, que no siga usted adivinando.
- ENRIQUE 18 de septiembre. Llega la viuda de Rodríguez. Él no la deja un momento. He llorado...
- MARÍA (Con energía.) Es falso, falso. Si eso fuese verdad, pudiera usted creer...
- ENRIQUE Yo no creo nada. Consigno un hecho que vieron mis ojos.
- MARIA (Tenazmente.) No, no lloré. ¿Yo celosa?
- ENRIQUE (Extendiendo el brazo para tomar el libro.) La Agenda de cocina nos sacará de dudas.
- MARIA No.
- ENRIQUE Se lo suplico.
- MARIA (Enfadada y con tesón.) No la verá usted. Se pone usted insoportable. (Pausa. Enrique se aleja contrariado y se acerca a una ventana, mirando al exterior. Pausa.)
- ENRIQUE La paz es la hermana predilecta del

- amor, según Santo Tomás, y según San Pablo, perderás de tu derecho, por tener paz. (Pausa. Volviéndose.) ¿Decía usted? Yo no decía nada.
- MARIA Me pareció oírle, que por tener paz...
- ENRIQUE Oyó usted mal. (Enrique se acerca donde María Luisa, se sienta, y, maquinalmente, toma los terrones de azúcar que había en la taza y se los mete en el bolsillo.) Ya le hace a usted falta azúcar... para endulzar el genio.
- MARIA
- ENRIQUE (Bromeando.) Si usted los necesita ahora. (Se los presenta en la mano y María Luisa le da una manotada, tirándolos al suelo.)
- MARIA ¡ Bah !
- ENRIQUE (Pensativo.) Sí. Tiene usted razón para enfadarse. Nunca debí citar a la viuda de Rodríguez en mi labor de adivinación. Al cabo es una señora respetable.
- MARIA (Fuera de sí.) Una mujer coqueta, envidiosa, fea, ordinaria, hipócrita, crítica y presumida.
- ENRIQUE Me parece que exagera usted.
- MARIA (Enfadada.) No. Si encuentro muy natural que usted la defienda.
- ENRIQUE ¿ Yo ?
- MARIA Aun cuando sólo sea por los agradables recuerdos del 18 de septiembre.
- ENRIQUE ¡ Ah !
- MARIA (Con vehemencia.) Y por los apretoncitos de manos durante el paseo y las miraditas apasionadas durante la comida.
- ENRIQUE Perdóneme usted. Yo ignoraba...
- MARIA (Con mayor pasión.) Usted ignoraba... ¿ Por qué vino usted a mi lado a disculparse ? ¿ Por qué me preguntó usted el motivo de mi disgusto ? ¿ No vió usted mi emoción, mis lágrimas ?

- ENRIQUE ¿ Lloró usted ?
- MARIA (Turbada.) Llorar, no; creo que no lloré.
(Se calla impresionada.)
- ENRIQUE (Pidiéndole el libro.) Me permite usted.
- MARIA (Resistiéndose.) No. (Hojeándolo.) El 18
de septiembre no está. (Desconsolada y ba-
jando la cabeza.) Han arrancado la página.
- ENRIQUE (Con voz baja y con gran cariño.) ¡ Han arranca-
do la página ! ¡ Qué feliz soy ! (Pausa.)
Conozco el secreto de este libro. Aho-
ra... quiero conocer el secreto de tu co-
razón. (María Luisa levanta la cabeza y radiante de
alegría le mira.) ¡ Oh, María Luisa ! El se-
creto de tu corazón, está en tus ojos.
- MARIA Sí, Enrique. (Enrique estrecha las manos de María
Luisa cariñosamente y se ponen de pie.)
- ENRIQUE Ya lo ves. Los hechos pequeños son
los que engendran los sucesos culminan-
tes de la vida. Los granitos de arena,
los que forman las grandes montañas.
- MARIA (Con emoción.) Es verdad.
- ENRIQUE Buscamos, sin embargo, acontecimien-
tos extraordinarios, intensos dolores, di-
chas inmensas. Creemos que el destino
nos ha traicionado al no deparárnoslos...
y un día... en el misterio de nuestra al-
ma, el torbellino de hechos pequeños, los
granitos de arena, producen el milagro.
Se da algo de nuestra vida, se participa
de la vida de otro... se ama.
- MARÍA (Emocionada y reclinando su cabeza en el hombro de En-
rique.) Sí, Enrique mío, se ama.
- ENRIQUE (Emocionado.) ¿ Quieres que anotemos es-
te minuto supremo de nuestra vida ?
- MARIA (Con coquetería.) Anótalo tú, que eres el
maestro. Yo no sabría.
- ENRIQUE Pues bien. El maestro dicta. (Le da la

- pluma a María Luisa, y ésta se prepara a escribir.) Esta mañana, él...
- MARIA (Escribiendo y repitiendo.) Esta mañana, él...
- ENRIQUE Él soy yo, conste. (Pausa.) Se ha comprometido.
- MARIA (Escribiendo.) Se ha comprometido.
- ENRIQUE A obedecerme.
- MARÍA (Contenta.) Muy bien. (Escribiendo.) A obedecerme.
- ENRIQUE Y a morir de amor.
- MARIA Eso no. (Escribiendo.) A vivir para nuestro amor.
- ENRIQUE (Contento.) Ajajá. Y ahora... para que no se borre...
- MARIA (Coge la salvadera y echa unos polvos en la hoja de la Agenda que ha escrito.) Unos... granitos de arena.

TELÓN



INSTITUTO DE ESTUDIOS RIOJANOS
BIBLIOTECA

